

A detailed historical painting depicting a scene of the Mexican independence movement. In the center, a man in a black coat and purple sash holds a document aloft. To his right, a man in a white uniform with a blue shawl and a man in a blue and red military uniform are prominent. The background is filled with a dense crowd of people, many holding various flags, including the Mexican tricolor and a black flag with a skull and crossbones. The scene is set against a backdrop of a landscape with mountains and a town.

AUDIOLIBRO

LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

*El proceso
independentista de
México*

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

EL PROCESO
INDEPENDENTISTA
DE MÉXICO

EL PROCESO INDEPENDENTISTA DE MÉXICO*

Patricia Galeana



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

México, 2015

INTRODUCCIÓN

Por su ubicación geo-estratégica, sus recursos naturales, la densidad de su población y la fuerza de sus culturas indígenas, el virreinato de la Nueva España fue la joya más preciada de la Corona española. Estas particularidades determinaron una prolongada y sangrienta guerra de Independencia. El proceso se inició, en 1808, como en todas las colonias hispanoamericanas, ante el vacío de poder en España por la invasión napoleónica. Los criollos buscaron primero la autonomía pacíficamente, pero el movimiento fue reprimido. La guerra insurgente estalló en 1810, unió a criollos con mestizos e indígenas. La insurgencia llegó a su culminación con la elaboración de una constitución en 1814, pero después sucumbió

* Publicado en *América: contacto e independencia*, María Cristina Mineiro Scatamacchia y Francisco Enriquez Solano (ed.), México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2008.

ante el embate de las fuerzas realistas, quedando focos aislados de insurgentes. En 1820, un movimiento contrarrevolucionario intentó evitar el restablecimiento de la constitución liberal de Cádiz. Posteriormente, un plan de paz logró que se sumaran antiguos realistas e insurgentes. Finalmente, tras una encarnizada lucha de once años, la independencia se consumó por medio de una negociación que no suprimió las estructuras coloniales, por lo que el proceso de construcción del Estado nacional de México fue largo y difícil.

Aunque la independencia se consumó en 1821, España no la reconoció sino hasta 1836, después de haber intentado la reconquista en 1829. Veamos los factores externos e internos del proceso independentista mexicano, su desarrollo y culminación, y el inicio del proceso de construcción de su Estado nacional.

FACTORES EXTERNOS

Liberalismo e independencia

A lo largo de los trescientos años de vida colonial, hubo diversos levantamientos de indígenas. Y desde fines del siglo XVIII, las ideas del liberalismo

incentivaron el deseo de los criollos por independizarse.

Los liberales americanos unieron la idea de independencia a la de libertad. La independencia de Estados Unidos y la Revolución francesa fueron un referente obligado en el proceso independentista mexicano. Tanto los principios de la Declaración de Derechos estadounidense: libertad, igualdad e independencia; como la declaración universal de los derechos del hombre de la Revolución francesa, tuvieron una gran influencia en México.

Las influencias del liberalismo llegaron a la Nueva España por diversas vías. Los liberales mexicanos se nutrieron tanto del liberalismo europeo como del norteamericano. Del liberalismo español, matizado de los ataques a la religión; del liberalismo francés, más teórico y político; y del liberalismo pragmático inglés, más preocupado por aspectos económicos.

La influencia del liberalismo británico se dio fundamentalmente a través de la versión norteamericana. Por su cercanía geográfica y el éxito de sus instituciones, Estados Unidos fue un modelo a seguir en el proceso de construcción del Estado-nación en México.

La influencia del liberalismo español era natural, pero los liberales mexicanos ilustrados leyeron también directamente a los franceses y manejaron sus fundamentos teóricos. Es el caso del iniciador de la lucha independentista, Miguel Hidalgo y Costilla.

Posteriormente, la influencia del liberalismo español se hizo patente a través de la Constitución de Cádiz. La promulgación de la Constitución española alentó las ideas independentistas en Nueva España. Todavía en la administración virreinal, la Plaza Mayor, en el centro histórico de la ciudad de México, recibió el nombre de Plaza de la Constitución en honor de la Carta de 1812, mismo que conserva hasta la fecha. Además, la constitución gaditana tuvo una breve vigencia al consumarse la independencia en el imperio de Agustín de Iturbide, e influyó en el constitucionalismo mexicano.

La elección y participación de los diputados americanos en las cortes gaditanas tuvo un gran impacto en la vida novohispana y después en la nacional, por el destacado papel que estos diputados tuvieron en la vida política. Miguel Ramos Arizpe, que había defendido las autonomías en Cádiz, fue después el defensor del federalismo

en el Congreso Constituyente que promulgó en la Constitución de 1824 la primera república federal.

También surgió en México el liberalismo no intelectualizado que aparece en todos los pueblos en contra de la opresión, y que también alimentó las filas de la insurgencia.

La crisis de la metrópoli

Las reformas borbónicas que culminó Carlos III tuvieron por objeto fortalecer al imperio mediante el control de sus colonias. El establecimiento del sistema centralizado de intendencias acabó con la autonomía regional y causó gran descontento en la Nueva España. Medidas como la expulsión de los jesuitas (1767) y las declaraciones del virrey De la Croix de que los súbditos novohispanos habían nacido para callar y obedecer sembraron el germen de la insurrección.

En 1799, se aprehendió a los miembros de la conspiración independentista de los Machetes. Y en 1801 fue reprimida una sublevación indígena en Nayarit, que pretendía establecer una monarquía indígena coronando al indio Mariano.

El apoyo de España a la independencia de las colonias inglesas alentó los anhelos autonómicos

de los criollos hispanoamericanos. Si bien se dieron algunas medidas de liberalización comercial y las colonias pudieron comerciar entre sí trigo y harina, las epidemias de viruela y los impuestos a las misceláneas hicieron que escasearan los alimentos en Nueva España, lo que aumentó el malestar.

La Corona española se había aliado con la francesa mediante pactos de familia para defender su imperio colonial de los ingleses. Pero en 1788 ocupó el trono de España Carlos IV, su reinado contrastó con el de su antecesor, se caracterizó por su debilidad. Dejó los asuntos de gobierno en manos del favorito Godoy, que fue acusado de corrupción.

Los opositores a Carlos IV se reunieron en torno al futuro rey Fernando VII y en el Motín de Aranjuez obligaron a Carlos IV a abdicar en favor de su hijo. En este contexto, Napoleón invadió España y puso en el trono a su hermano José Bonaparte.

Igual que se hizo en España para organizar la guerra de resistencia contra la dominación francesa, en la Nueva España se reunieron diversas juntas, unas para ayudar a la metrópoli, otras para aprovechar la coyuntura e independizarse del Imperio español.

FACTORES INTERNOS

Situación del virreinato de la Nueva España

La debilidad y corrupción del gobierno de Carlos IV debilitaron también al virrey y a las instituciones virreinales: Audiencia, Ayuntamiento y Consulado. José de Iturrigaray debió el cargo a Manuel Godoy; la política centralizadora había debilitado a la Audiencia; y el Consulado, tribunal establecido para la rápida tramitación de los asuntos mercantiles, se había desgastado por las continuas exigencias de exacciones por parte de la Corona española.

Los criollos habían logrado apoderarse del Ayuntamiento, por lo que se volvió el centro crítico del gobierno virreinal. Demandaban una mayor participación en la toma de decisiones de la tierra donde habían nacido, confrontándose con los peninsulares, dueños de la Audiencia. Comerciantes, hacendados e intelectuales despertaban a la vida política.

Antes de 1808, los propios peninsulares establecidos en México querían un gobierno autónomo que pudiera tomar decisiones, sin tener que esperar los designios de una Corona española cada vez más debilitada y lejana.

Las grandes desigualdades sociales, la leva y los estancos o monopolios estatales provocaron sublevaciones en diversas regiones de la Nueva España, como las ocurridas en Guanajuato, Sonora y Durango entre 1767 y 1803. El maltrato a los esclavos negros originó una rebelión en Izúcar. Epidemias, crisis agrícolas y las consiguientes hambrunas agravaban la situación. Todas las manifestaciones de descontento eran signo inequívoco de que era preciso cambiar las estructuras, que daban claras muestras de descomposición.

Propios y extraños vieron venir la revolución. Manuel Abad y Queipo, clérigo letrado, tuvo conciencia de que las grandes desigualdades tenían que abatirse. El científico alemán Alejandro de Humboldt, en su *Ensayo sobre la Nueva España*, destacó que si no se mejoraban las condiciones sociales vendría una revolución.

Ante la posibilidad de un levantamiento armado y dado que la Nueva España sólo contaba con ochocientos soldados españoles veteranos y dos generales octogenarios, Pedro Garibay y José Dávalos, el virrey Iturrigaray decidió organizar milicias con habitantes de la capital, y de las ciu-

dades de Puebla, Jalapa, Toluca, Córdoba y Tlaxcala. Logró reunir a 12 mil hombres, la mayoría de los voluntarios se dedicaban al comercio o eran empleados de las oficinas públicas, sin ninguna experiencia. Los acantonó en las cercanías de Jalapa para recibir instrucción militar.

Esta concentración fue propicia para que los involucrados se conocieran e intercambiaran puntos de vista sobre la situación que vivía el virreinato. Como era natural, se planteó la posibilidad de contar con un gobierno independiente de España. El momento parecía propicio, ya que era inminente la sustitución de Iturrigaray, dada la situación de la Corona española.

El movimiento autonomista criollo

El 19 de julio de 1808, el Ayuntamiento de la ciudad de México declaró ante el virrey Iturrigaray, que a falta de soberanos por la virtual prisión del rey Carlos IV y de su hijo y sucesor Fernando VII a manos de Napoleón, la soberanía residía en todo el reino, por lo que solicitó que se reuniera una junta representativa.

Juan Francisco Azcárate, regidor del Ayuntamiento de la ciudad de México, fue el redac-

tor del plan autonomista que el Ayuntamiento presentó a Iturrigaray, al tener lugar el motín de Aranjuez en 1808. En él planteó que había llegado el momento de desatarse de la política dictada desde España.

José Francisco Primo de Verdad, también regidor del Ayuntamiento, declaró que al faltar el monarca español, la soberanía debía regresar al pueblo y formarse un gobierno provisional con el virrey al frente. Propuso dar forma legal a su propuesta y que Iturrigaray solicitara la independencia de manera pacífica.

Melchor de Talamantes, mercedario de origen peruano, se unió al grupo de autonomistas criollos. Planteó la necesidad de independizar a la Nueva España para salvarla del dominio francés. Sostenía que la soberanía “es un poder que existe siempre en la nación y a los monarcas solamente toca su ejercicio”.

Iturrigaray simpatizó con la propuesta del Ayuntamiento y convocó a diversas juntas para discutir el asunto. El Ayuntamiento y la Audiencia se enfrentaron. En dichas juntas, el capitán Ignacio Allende propuso realizar un congreso nacional que estableciera la forma de gobierno más

conveniente, así como las leyes que lo regularían. Aunque no se hablaba todavía sobre la posibilidad de un movimiento armado, era poco factible un cambio de tal envergadura de manera pacífica.

Aunque el virrey no estuvo en el origen de la conspiración aceptó ponerse a la cabeza del intento pacífico por lograr la independencia. Iturrigaray era conocido por sus malos manejos, pero era popular entre el Ejército, lo que lo convertía en un buen candidato para encabezar el movimiento, en caso de desatarse la lucha armada.

Los hacendados, en su mayoría españoles, sintieron amenazados sus privilegios si se alcanzaba la autonomía. Gabriel de Yermo, con el apoyo de los comerciantes de El Parián, tomó prisionero a Iturrigaray y lo envió a España, acusado de haberse unido a los independentistas.

Los autonomistas criollos fueron encarcelados, acusados del delito de infidencia. Francisco Primo de Verdad amaneció muerto en la cárcel. Fray Melchor de Talamantes también murió preso en San Juan de Ulúa.

Otros conspiradores se refugiaron en Querétaro, donde contaron con la protección del corregidor Miguel Domínguez, ahí se reunie-

ron Ignacio Allende y el cura Miguel Hidalgo y Costilla.

En la conspiración de Querétaro se planeaba la instalación de un Congreso Nacional. Se llegó a plantear que Allende dirigiera al movimiento, pero él le propuso la dirigencia a Hidalgo. Se cuenta que el cura contestó que quienes iniciaban semejantes empresas difícilmente gozaban del fruto de ellas.

El liderazgo de Hidalgo dio al movimiento una gran fuerza moral, por su calidad religiosa, y lo legitimó ante el pueblo. Con 57 años de edad, poseía una mentalidad moderna, a diferencia de la gran mayoría de los altos jerarcas de la Iglesia, acostumbrados a una vida de privilegios.

Hidalgo representa al criollo ilustrado. Dominó el francés al punto de traducir a Molière y a Racine. Fue rector del prestigiado Colegio de San Nicolás y presidente de la Academia de filósofos. Su casa se convirtió en centro de reunión de liberales, era conocida como La Francia Chiquita.

El futuro dirigente de la insurgencia solía poner en entredicho los preceptos religiosos que, a su juicio, traicionaban a la inteligencia y al propio Evangelio. En 1800, Hidalgo fue acusado de

herejía ante el Santo Oficio, porque —entre otras cosas— había afirmado que Dios no castigaba con penas corporales y que santa Teresa padecía de alucinaciones por exceso de ayuno. La brillantez con que se defendió, la falta de pruebas contundentes en su contra y la simpatía que había despertado entre sus feligreses por su desempeño como educador diligente en su comunidad hicieron que fuera absuelto. Su caso fue archivado en ese entonces, pero los cargos saldrían a relucir después, durante el juicio que se le practicó como insurgente.

Además de su sólida preparación intelectual, Hidalgo era carismático, atraía lo mismo a los hombres de grandes recursos que a los más humildes, entre quienes debía su popularidad a la preocupación mostrada por mejorar las condiciones físicas e intelectuales de indígenas y mestizos.

La lucha armada

La conspiración de Querétaro fue descubierta, e Hidalgo decidió iniciar la lucha la madrugada del 16 de septiembre de 1810 con una docena de hombres. Desde la iglesia de Dolores llamó al pueblo a las armas. Liberó a los presos de la

cárcel y encarceló a los españoles enemigos de la independencia. Reunió un total de trescientos hombres, armados fundamentalmente con piedras y palos.

Aunque su grito inicial fue: “Viva Fernando VII y muera el mal gobierno”, el objetivo de la lucha era la independencia total de España, pero para evitar una mayor alarma en las autoridades y en la población utilizó esta máscara. Hidalgo pensó en un régimen republicano, si bien hubo quienes, como Ignacio López Rayón, consideraron el establecimiento de una monarquía y llamar a Fernando VII, siguiendo la fórmula brasileña.

Lo que en principio parecía sólo una gavilla fue creciendo hasta movilizar poblaciones enteras. Entre San Miguel y Celaya se fueron incorporando a las filas de la insurgencia hombres, mujeres y niños. El propio Hidalgo estaba asombrado de su poder de convocatoria. Las fuerzas en marcha no tuvieron tiempo para organizarse. Sin el más mínimo conocimiento de lo que era la disciplina militar, contaban con machetes y algunas escopetas. Era una muchedumbre enardecida. Al ocupar Celaya el contingente insurgente ascendía a cincuenta mil miembros, era un ejército amorfo, sin

preparación ni armamento, acompañado de sus familias. Había que vestirlos, alimentarlos, conseguirles armas e impartirles instrucción militar. Los insurgentes confiscaron todos los granos de la población, así como las arcas virreinales locales.

Enarbolando a la Virgen de Guadalupe como bandera nacional, con la idea de aglutinar mayores recursos para sostener la campaña, Hidalgo resolvió marchar hacia la rica ciudad minera de Guanajuato, donde se guardaban grandes cantidades de grano en la Alhóndiga de Granaditas. Al exigir la rendición de la plaza, señaló que el objetivo de su movimiento era lograr la independencia, para acabar con la vergonzosa dominación española de trescientos años, y recuperar los “derechos sacrosantos e imprescriptibles de que se ha despojado a la Nación Mexicana”.

Al frente de veinte mil hombres, los insurgentes tomaron Guanajuato a sangre y fuego. Ávida de venganza, alimentada por el odio antiespañol, la turba dio muerte a los defensores de la Alhóndiga de Granaditas. El movimiento de los criollos ilustrados se había transformado en revolución social. Con la incorporación de mestizos e indios se desencadenaron los resentimientos

propios de la lucha de clases, de los explotados contra los explotadores.

Ante la fuerza que había cobrado la insurrección, el gobierno virreinal reunió en Querétaro a nueve mil soldados, 22 mil milicianos y diez mil civiles españoles, al mando del general Félix María Calleja. Entretanto, se movilizaban efectivos a otras ciudades.

Calleja ofreció diez mil pesos por las cabezas de los líderes insurgentes. La Iglesia, aliada de la Corona, excomulgó a los rebeldes. El tribunal de la Inquisición castigaría cualquier acto de simpatía con el movimiento, como desacato al poder real de origen divino.

Entretanto, los insurgentes ocuparon Valladolid. Hidalgo decretó la abolición de la esclavitud, reorganizó el Ayuntamiento con regidores mexicanos y reunió a los curas de los poblados circunvecinos para invitarlos a unirse a la insurgencia.

El líder de la insurgencia emitió una proclama en la que reiteró que luchaba porque la América septentrional alcanzara su libertad política, económica y social, pero para tranquilizar a la población se deslindaba de la filosofía herética de los “iniciuos franceses”, y aseguraba que no pretendía

matar a los españoles, sino “conseguir la grande empresa de poner a los gachupines en su madre patria”, ya que se oponían “a la felicidad temporal y espiritual de los americanos”.

Al saber que las fuerzas realistas estaban situadas en Querétaro, los insurgentes resolvieron aprovechar la situación y marchar a tomar la ciudad de México. Los esfuerzos de Allende para organizar al ejército resultaron infructuosos. Además de la inexperiencia de los hombres y la carencia de armas, la movilización del contingente con mujeres y niños era tortuosa. Siete días de camino mermaron la fuerza de los insurgentes. En el Monte de las Cruces se enfrentaron al general realista Torcuato Trujillo, al frente de tres mil soldados. La desesperación de los combatientes resultó conmovedora, hubo quienes intentaban detener las balas enemigas con los sombreros de palma en que tenían una estampa de la Virgen de Guadalupe.

Aun cuando aparentemente hicieron retroceder a los realistas, por la cantidad de bajas que sufrieron, Hidalgo consideró imposible tomar la ciudad de México. También temía que se repetirán los excesos cometidos en Guanajuato. Decidió retroceder, a pesar de la inconformidad de

Allende que creía posible la victoria, gracias al factor sorpresa. La mitad de la gente desertó y los dos encuentros posteriores resultaron desastrosos.

Tras los fracasos, Hidalgo decidió regresar a Celaya para reorganizar a su mermado ejército. Habían decidido establecer dos frentes: Guanajuato y Valladolid, el primero bajo las órdenes de Allende y el otro bajo las de Hidalgo. Pero al tener conocimiento que desde el 11 de noviembre, Guadalajara (capital de la Nueva Galicia) estaba en el poder del insurgente José Antonio Torres, Hidalgo decidió dirigirse hacia esa ciudad, donde lejos de las fuerzas realistas pensaba reclutar nuevos voluntarios.

Allende estuvo en desacuerdo con ese movimiento que dejó sin resguardo a Guanajuato, plaza estratégica por su producción minera, y centro de fabricación de municiones, que en efecto se perdió.

Hidalgo y Allende difirieron en la estrategia a seguir. Mientras Allende aconsejaba avanzar con prudencia, Hidalgo quería propagar la guerra a lo largo de todo el territorio. Consideró que desde Nueva Galicia la lucha insurgente podría extenderse hacia el noroeste. Por otra parte estaba consciente de la necesidad de establecer una sede

para el gobierno, sabía que después de los triunfos militares se requería de una autoridad civil.

Hidalgo estableció su gobierno en Guadalajara. Éste se conformó por dos ministerios, el de Gracia y Justicia y el de Estado y Despacho, y un consejo de Estado que estaba por encima del caudillo, integrado por Allende, entre otros miembros. Sin nombramiento oficial, esta ciudad se convirtió en la primera capital de México.

Hidalgo llamó a establecer un Congreso “que se componga de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino [para que] dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo”. Mientras tanto, el gobierno insurgente dictó la derogación de ley de tributos, la autorización para el libre cultivo de las tierras, la ocupación y administración de los bienes de los españoles y estableció un empréstito de guerra. Pero la medida de mayor trascendencia fue la abolición de la esclavitud.

También se publicó el primer periódico insurgente: *El Despertador Americano*, bajo la dirección de Francisco Severo Maldonado, del que sólo pudieron salir siete números. Las derrotas sacudieron a los insurgentes, una cosa era el po-

der de convocatoria y otra organizar un verdadero ejército y emprender con éxito una campaña. En 1811, Hidalgo fue relevado del mando militar por Ignacio Allende.

Los insurgentes se dirigieron al norte con la intención de adquirir armas en Estados Unidos. En Acatita de Baján (cerca de Monclova, Coahuila), el realista Ignacio Elizondo aprehendió a Hidalgo y a los principales líderes insurgentes, con el apoyo del obispo Primo Feliciano Marín.

El 26 de julio de 1811 fueron sentenciados a muerte Allende y Aldama. Después de su degradación como sacerdote, Hidalgo fue fusilado el 30 de julio del mismo año. Como escarmiento a los rebeldes, las cabezas de los insurgentes fueron expuestas en jaulas de hierro en la Alhóndiga de Granaditas.

Hidalgo fue juzgado duramente por sus contemporáneos y por quienes intentaron organizar al Estado mexicano en sus primeras décadas de existencia. Lo culparon de haber desatado una lucha de clases, que sumió al país en el caos durante cinco décadas y a una bancarrota económica de casi un siglo. Pero el endurecimiento del régimen virreinal ante los intentos pacíficos de autonomía no había dejado otra alternativa.

Muchos de los simpatizantes de la independencia, al ver que los grupos marginados tomaban las armas, condenaron al movimiento. Las clases altas temían perder sus tierras y privilegios a manos de la “chusma”.

No obstante, Hidalgo ha recibido, merecidamente, el reconocimiento de Padre de la Patria, por haber tenido el valor de iniciar la insurgencia. Sus ideas y su obra constituyen la primera etapa del liberalismo mexicano.

El gobierno virreinal no logró sofocar la insurgencia con las muertes de los primeros insurgentes. La semilla de la independencia había cundido, las campañas militares y la participación del bajo clero dieron gran difusión de las ideas independentistas.

Muertos los primeros caudillos, Ignacio López Rayón intentó dirigir todas las operaciones de guerra. Organizó la Suprema Junta Nacional Americana en Zitácuaro, integrada por José María Liceaga, José Verduzco y Juan Yarza, y publicó el periódico *El Ilustrador americano*. López Rayón era abogado de profesión, fue de los primeros en incorporarse a las fuerzas insurgentes, y fungió como secretario de Hidalgo.

López Rayón hizo el primer proyecto de Constitución, que siguió el modelo de monarquía constitucional, esbozado en *El Despertador Americano*. Reiteró en sus proclamas la abolición de la esclavitud, la igualdad de todos los americanos sin distinción de castas y estableció la obligación de luchar por la independencia. Ordenó la aprehensión de todos los europeos que no se presentaran al jefe inmediato de la insurgencia. Pero no tuvo el carisma ni la habilidad militar para conservar el liderazgo de la insurgencia. Zitácuaro fue arrasada por el general realista Calleja.

EL CLÍMAX

Cuando parecía que todo estaba perdido, un cura de Carácuaro, José María Morelos y Pavón, alumno y discípulo de Hidalgo, llevó a su clímax la lucha insurgente. Encabezó con éxito campañas militares que lograron dominar una parte importante del territorio y su capacidad de organización permitió la elaboración de la primera constitución del país.

Morelos era mestizo y tenía ascendencia negra, aunque fue registrado como criollo. Hijo de

un carpintero, trabajó como arriero, por lo que tenía un gran conocimiento de su región. Estudió en el Colegio de San Nicolás precisamente en los tiempos en que Hidalgo era rector. Como miembro del bajo clero, Morelos conocía las carencias de las clases menesterosas.

Al inicio del movimiento insurgente (19 de octubre de 1810), Morelos se había ofrecido como capellán del ejército, pero Hidalgo le encomendó organizar la insurrección en el sur. Cosa que hizo, en un inicio con sólo 25 hombres. Buen estratega, obtuvo importantes triunfos. Marchó siempre a la ofensiva, con movimientos nocturnos y zigzagueantes. Su táctica de dividir a las fuerzas en grupos y realizar varios ataques al mismo tiempo le resultó muy efectiva, lo que fue desgastante para sus enemigos. Dirigía de manera personal la construcción de armamento y la fabricación de pólvora.

Al morir Hidalgo, Morelos dio al principio su apoyo a López Rayón, pero pronto tomó el liderazgo del movimiento. Su programa político-social coincide con el del primer líder insurgente. Al igual que su maestro, Morelos decretó la abolición de la esclavitud y también suprimió

las castas; reiteró que todos los nacidos en estas tierras eran americanos sin distinción de su origen racial; repartió tierras entre los indios y canceló sus deudas con los europeos.

Morelos emprendió cuatro exitosas campañas. Logró ocupar buena parte de las provincias de Michoacán, México, Oaxaca y Puebla. Controló un amplio radio de acción que iba del puerto de Acapulco (en el Pacífico) hasta Orizaba (cerca de Veracruz en el Golfo de México) y de ahí a Oaxaca. En esta ciudad estableció la sede de la insurgencia y se publicaron los periódicos *Sur* y *Correo Americano del Sur*, dirigidos por Carlos María de Bustamante y José Manuel de Herrera.

Quien recibió el título de Generalísimo instaló el Primer Congreso Constituyente de México, en Chilpancingo, integrado por seis diputados. Con el nombre de *Sentimientos de la Nación*, Morelos les presentó los principios que proponía para la Constitución. En ellos manifiesta su vocación democrática, republicana y social. Propone aumentar los salarios y disminuir los tributos para moderar “la miseria y la opulencia”. Considera que las clases más acomodadas deberían cargar con los gastos públicos.

Los miembros del Constituyente conocían la Constitución española de Cádiz y el proyecto de constitución que elaboró Ignacio López Rayón, pero los planteamientos de Morelos fueron el punto de partida para la elaboración de la primera constitución de México que, con el nombre de Decreto constitucional para la libertad de la América Mexicana, se emitió en Apatzingán en 1814.

La Constitución estuvo vigente en la zona dominada por los insurgentes. Estableció el respeto a los derechos de los hombres: libertad e igualdad de los ciudadanos ante la ley, ciudadanía general, soberanía popular y la división de poderes. Es la única constitución en la historia política de México que estableció un Ejecutivo colegiado, constituido por tres titulares y dos suplentes; y la supremacía del Poder Legislativo, que designaba al Ejecutivo y al Judicial.

En esta Constitución, como en las cuatro que se decretaron en la primera mitad del siglo XIX, se declaró al catolicismo como religión oficial, sin tolerancia de ninguna otra, y la obligatoriedad del pago del diezmo a la Iglesia. Dado el monopolio religioso, las ideas liberales fueron permeando muy poco a poco en la

sociedad; pasará casi medio siglo antes de que se decrete la libertad de creencias.

No obstante, Morelos sabía que en nombre de la Iglesia se cometían numerosos atropellos, por ello declaró que los fieles de menores recursos no estaban obligados a pagar “más obvenciones que las de su devoción y ofrenda”.

Al ser aprehendido Morelos, entre sus documentos se encontró un Proyecto para la Confiscación de Intereses Europeos y Americanos Adictos al Gobierno Español, que aunque no es de su puño y letra, contiene ideas que coinciden con las que expresó en diversos momentos.

Los comerciantes peninsulares vieron con alarma la fuerza que había tomado el movimiento insurgente bajo la dirección de Morelos. Culparon al virrey Francisco Javier Venegas por su incapacidad para sofocarlo y presionaron para que fuera sustituido por Calleja. Éste decidió emprender una guerra de exterminio contra Morelos, por quien ofreció una tentadora recompensa, al tiempo que amenazó con destruir a las poblaciones que le ayudaran.

Morelos fue capturado, declarado hereje, fue degradado y fusilado. Con su muerte la revolución

popular de independencia perdió a su más grande caudillo. Fue un golpe mortal a la insurgencia. Trajo consigo su desintegración en focos dispersos, que fueron controlados poco a poco por el Ejército realista, hasta que sólo quedó Vicente Guerrero en las montañas del sur.

LA RESISTENCIA

No bien terminaba de celebrar su victoria sobre Morelos, el virrey Calleja fue sustituido por Juan Ruiz de Apodaca, quien llegó a México con la instrucción de que acabara con el proceso independentista y reactivara la economía.

El virrey Apodaca ofreció clemencia a los participantes en la guerra insurgente. Muchos aceptaron el indulto pensando que ya no se lograría la independencia.

Apodaca trajo maquinaria hidráulica de Europa para la extracción de agua, lo que permitió que se abandonara la vieja práctica de poner a los indios a acarrear el líquido en pesadas tinajas de barro. Esto incrementó el trabajo de las fábricas textiles. Los comerciantes y propietarios de los talleres textiles recibieron todo tipo de facilidades

para adquirir créditos, se contrataron cerca de dos mil obreros.

La entrada de la Revolución Industrial a la Nueva España impactó también en la minería. En 1819, gracias a la utilización de la novedosa maquinaria para la extracción fue posible incrementar la producción de metales preciosos de 10 a 18 millones de pesos.

El relativo estado de paz hizo posible que regresaran algunos de los capitales, así como la llegada de nuevos pobladores procedentes de España. Tan sólo de 1817 a 1819 tuvo lugar la mayor inmigración de españoles con el arribo de más de ocho mil hombres y mujeres unidas a los 21 mil soldados que habían desembarcado junto con el virrey Apodaca.

Vicente Guerrero seguía en pie de lucha en el estado que hoy lleva su nombre. Era un mestizo mulato que había combatido bajo el mando de Hermenegildo Galeana, lugarteniente de Morelos. Las fuerzas realistas le habían cercado en la sierra, pero continuó como guerrillero.

Conforme a una Real Orden dada en Madrid, los insurgentes eran juzgados como criminales. Se medía su grado de “criminalidad” según

si eran jefes militares, espías, agitadores, desertores, escritores subversivos, asesinos o saqueadores; empleados que abandonaban sus puestos administrativos en el gobierno español o empleados que continuaban desempeñando sus funciones bajo el dominio de las armas de los insurgentes, reconociendo y jurando su gobierno. Eran juzgados por un consejo de guerra ordinario o por las autoridades civiles.

A pesar de todo, no se lograba acabar totalmente la rebelión. El liberal español Francisco Javier Mina vino a darle nuevo aliento. Desembarcó con trescientos hombres en el puerto de Soto la Marina, Tamaulipas, para luchar contra el absolutismo y la tiranía. Sostenía que a pesar de ser español, luchaba por la independencia de la Nueva España, porque la libertad es la causa de todos los hombres. Mina causó terror entre los realistas y recibió el nombre de Libertador por los insurgentes.

Luego de ocupar todas las poblaciones que encontraba a su paso, Mina fue aprehendido por el propio virrey en el Rancho del Venadito, cerca de Guanajuato. El joven español de 29 años, general del ejército auxiliador de la República mexicana, fue fusilado frente al fuerte de los Remedios

el 27 de octubre de 1817. Ruiz de Apodaca sería conocido en adelante como Conde de Venadito.

No obstante, los enfrentamientos continuaban, la guerra parecía no tener fin. El crecimiento económico se veía entorpecido. En los escritos de la época se consideraba que la revolución de independencia era sostenida abiertamente por Estados Unidos y, de manera oculta, por los británicos. España carecía de fondos para continuar la guerra. Ya no sólo los insurgentes querían la independencia, sino también los peninsulares que vivían en México.

LA CONSUMACIÓN

En 1820 triunfó en España el movimiento liberal encabezado por Rafael del Riego y Antonio de Quiroga. Se restableció la Constitución de Cádiz con reformas liberales. Se ponía fin al absolutismo y a los privilegios de las clases altas, del clero y del Ejército con el establecimiento de una monarquía constitucional. Esto hizo que los peninsulares de la Nueva España pensarán en separarse de España para que no entrara en vigor la constitución liberal. Con este objeto se

reunieron en La Profesa —casa de estudios de la iglesia de San Felipe Neri— varios miembros de la cúpula eclesiástica encabezados por el canónigo Matías Monteagudo y José Tirado, ministro de la Inquisición.

Estas reuniones, conocidas como la Conspiración de la Profesa, planeaban que el virrey Ruiz de Apodaca tomara el poder, en tanto el rey recobraba su autoridad y suprimía la Constitución. Para lograr sus objetivos, también era necesario acabar con los insurgentes, por lo que se pensó que Agustín de Iturbide, joven militar conocido por sus ambiciones, podría servir a sus planes.

El virrey Apodaca nombró a Iturbide comandante del Ejército del Sur para terminar con el único foco insurgente de consideración que quedaba, capitaneado por Vicente Guerrero. Iturbide intentó someterlo, pero al no lograrlo lo invitó a que se acogiera al indulto, como Guerrero no aceptó, buscó un entendimiento. Le ofreció unir fuerzas para luchar por la independencia, propuesta que en un principio fue vista con recelo por el insurgente.

Guerrero estaba consciente de que los insurgentes estaban muy menguados y que necesitaban

ganar adeptos a la causa. Intentó atraer a Armijo, comandante antecesor de Iturbide, pero fue rechazado.

El 10 de enero de 1821, Iturbide y Guerrero se encontraron en Acatempan y decidieron unirse. El 24 de febrero del mismo año dieron a conocer el plan de independencia, redactado por Iturbide, mejor conocido como Plan de Iguala, por haber sido firmado en esa ciudad.

Iturbide dirigió un manifiesto a los americanos nacidos en la Nueva España, así como a los europeos, africanos y asiáticos residentes en ella, dando a conocer su adhesión a la lucha por la independencia. En el texto manifiesta su deseo de perfeccionar el camino iniciado en el pueblo de Dolores por Miguel Hidalgo, quien había puesto en relieve la necesidad de que hubiera “unión entre americanos y europeos, indios e indígenas”, como única base sólida para la armonía en la Nueva España. Iturbide proclama que ha llegado el momento de lograr la unión de todos “en una sola opinión y en una sola voz”. Anuncia la elaboración del plan de independencia concebido bajo los principios de “unión, fraternidad, orden y quietud interior”.

El Plan, contenido en 23 puntos, declara la independencia de México, la religión católica sin tolerancia de ninguna otra y el establecimiento de una monarquía moderada. Se propone que Fernando VII o algún miembro de la dinastía de los Borbones ocupe el trono de México para evitar los males de la improvisación.

Todos los habitantes serían considerados ciudadanos sin distinción de nacionalidad u origen étnico. Los religiosos conservarían sus fueros. Todas las propiedades serían respetadas. Se organizó el Ejército de las Tres Garantías: “religión, independencia y unión de americanos y europeos”, y se declaró a Iturbide su primer jefe, con el propósito de proclamar el triunfo de la independencia y cesar el derramamiento de sangre.

El Plan de Iguala fue un documento de gran trascendencia para la vida política de México. No sólo logró conciliar los intereses de los diferentes grupos, uniéndolos en torno a la idea de independencia, sino que tiempo después sería citado en los diversos intentos para establecer un régimen monárquico, ante la inestabilidad de los diversos gobiernos republicanos.

La noticia de la alianza entre Guerrero e Iturbide provocó muchas adhesiones. Después de 11 años de guerra, todos deseaban la paz, establecer el orden y acabar con el bandolerismo.

Pero la proclama de Iguala no fue bien recibida por todos. Aquellos que veían amenazados sus privilegios tacharon a Iturbide de traidor e hipócrita, denunciaron la crueldad con que había combatido a los insurgentes, y que nunca había sido leal a la religión ni al rey, que sólo buscaba satisfacer sus propias ambiciones.

Los movimientos armados no cesaron. El virrey Apodaca declaró sedicioso a Iturbide, en bando del 5 de abril de 1821, lo acusó de destruir la libertad política, la igualdad ante la ley y de implantar un sistema de independencia en el que privaba la anarquía con la unión de “antiguos anarquistas”.

Iturbide responde que sentimientos patrióticos lo impulsaron a luchar por la independencia de México y lamenta la falta de comprensión del virrey. La oficialidad y las tropas realistas, otrora enemigas de los insurgentes, se iban uniendo al Ejército Trigarante.

El virrey buscó por todos los medios contrarrestar la fuerza que habían adquirido los

trigarantes. En bando del 1 de junio de 1821 convocó a todos los españoles de entre 17 y 40 años de edad que habitaban en la ciudad de México a tomar las armas, ya fueran licenciados, inválidos o bien retirados de la milicia. Los exhortaba a conformar los batallones “Defensores de la Integridad de las Españas”.

Dado que no hubo respuesta, seis días después el virrey dictó otro bando en el que advertía que si en tres días no se presentaban los milicianos requeridos, tendrían que pagar una multa y salir de la capital, o serían destinados por seis años al servicio de las armas en un regimiento veterano.

Desesperado, Apodaca tomó medidas extremas para evitar las deserciones de las fuerzas realistas. El 5 de julio de 1821 condenó a ser pasados por las armas a quienes indujeran a los militares a la deserción. Si la deserción no llegara a efectuarse, el incitador sufriría seis años de presidio, mientras que aquellos que auxiliaran y ocultaran a desertores, además de tener la obligación de replazar a otro hombre del regimiento, serían obligados a cumplir seis años de trabajo en obras públicas y seis de presidio.

La Iglesia dio todo su apoyo a la causa realista. En un aviso público fechado en la ciudad de México el 30 de julio de 1821 se convocó a la celebración de un novenario a María Santísima de los Remedios en la Catedral Metropolitana para implorar “el favor divino para el acierto de las providencias del superior gobierno y feliz suceso de las armas del rey en las actuales circunstancias”.

Entretanto, Iturbide se afanaba en lograr el triunfo del movimiento sin caer en el caos. El 8 de julio de 1821 lanzó un decreto para que conforme al artículo 2º, título 8º de la Constitución de Cádiz, en todas las ciudades, villas y pueblos independientes de México se organizaran milicias nacionales, que estarían comandadas por oficiales elegidos por votación en cada ayuntamiento. La función de estas milicias sería la de velar por la conservación del orden y la tranquilidad en el interior de los pueblos. Nótese que puso en vigor la Constitución de Cádiz y utilizó los mecanismos electorales para su legitimación. Iturbide encabezó su propio proyecto, no el contrarrevolucionario de La Profesa.

De entre quienes se adhirieron a Iturbide destaca el escritor José Joaquín Fernández de

Lizardi, quien en un texto publicado en Puebla señaló que al jefe del Ejército Trigarante lo movía la razón y la humanidad. En el mismo documento dice que la causa de quienes se oponían a la independencia estaba irremediadamente perdida, por lo que exhortaba a todos a unirse al movimiento para liberar a “la gran Tenochtitlan”.

Guerrero invitó a españoles, americanos y europeos a dejar atrás los nombres de “gachupín” o “criollo” y usar en adelante exclusivamente el de “ciudadanos del Imperio de México”.

Mientras, en la ciudad de México (13 de julio de 1821), Francisco Novella, superintendente general subdelegado de la Hacienda Pública, prohibió “toda reunión sospechosa en casas particulares, fondas, cafés, pulquerías...”. Se disponía que el gobierno, los jueces y tribunales procedieran contra los infractores, castigándoles por perturbar el orden público. Serían sancionados quienes insultaran o maltrataran a otro por motivos políticos, y quien sin ser militar portara armas, así como a quien publicara impresos que perturbaran la tranquilidad pública.

A pesar de todas las medidas para evitarlo, las fuerzas realistas desertaban en masa y se

adherían al plan trigarante. Hasta miembros del alto clero empezaron a mostrar simpatía por el movimiento trigarante.

En esta coyuntura llegó a México el último virrey de la Nueva España, Juan O'Donojú; Iturbide partió a su encuentro. Se reunieron en Córdoba el 24 de agosto de 1821 y después de sostener algunas pláticas, firmaron los tratados que llevaban el nombre de esta villa.

La nota introductoria de los Tratados de Córdoba dice a la letra: “después de haber conferenciado detenidamente sobre lo que más convenía a una y otra nación, atendido el estado actual, y las últimas ocurrencias”, los dos gobiernos acuerdan la paz. El representante del gobierno español reconoció la independencia de México, que era ya un hecho consumado. De acuerdo con las palabras del propio virrey: “la independencia ya era indefectible, sin que hubiese en el mundo fuerza capaz de contrarrestarla. Nosotros mismos hemos experimentado lo que puede hacer un pueblo que quiere ser libre”, afirmó O'Donojú, e informó a los habitantes de la Nueva España que las hostilidades habían cesado sin derramamiento de sangre, que una vez que se instalara el

gobierno, él sería el primero en ofrecer sus respetos a la representación pública.

En Córdoba se ratificó también el Plan de Iguala con un cambio importante; Iturbide modificó el párrafo donde se establecía que el trono de México lo ocuparía un Borbón, añadiéndole que también podría ser ocupado por quien designara las Cortes del Imperio. De esta forma preparó su propio ascenso al poder.

Ya en las inmediaciones de la ciudad de México, desde Tacubaya, el autor del Plan de Iguala lanzó una proclama, declarando que “el mejor de los ejércitos consiguió en siete meses erigir el Imperio sin derramar la sangre de sus hermanos”; y exhortaba a los ciudadanos a actuar con justicia y acoger al Ejército Trigarante, que logró “destruir los obstáculos que se oponían a los logros de la independencia”.

El 27 de septiembre de 1821, Iturbide hizo su entrada triunfal a la ciudad de México, al frente del Ejército Trigarante. Terminaba el régimen colonial de trescientos años.

A Iturbide, que había combatido a la insurgencia, le tocó el privilegio de ser el consumidor de una obra en la que habían contribuido con sus

ideas y sus vidas hombres como Primo Verdad, Hidalgo y Morelos. Al nombrarse una Junta Provisional Gubernativa quedaron relegados los antiguos insurgentes y los cargos relevantes fueron ocupados por quienes habían sido sus detractores, la élite continuó en el poder.

Iturbide fue un hombre ambicioso, que elaboró un documento fundamental para la historia de México, en el que logró la conciliación, el consenso por la independencia. Vicente Guerrero fue el heredero de las ideas sociales de Hidalgo y de Morelos, mantuvo viva la lucha insurgente y aceptó unirse a Iturbide para consumar la independencia. Todos lo hicieron todo.

LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO NACIONAL MEXICANO

Iturbide se proclamó emperador de México como Agustín I. El Imperio mexicano abarcó la mitad de lo que hoy es Estados Unidos hasta Panamá, pero sólo duró un año. Los borbonistas se apoderaron del Congreso recriminándole a Iturbide no haber cumplido con el Plan de Iguala, trayendo un Borbón. El emperador disolvió el Congreso y

los antiguos insurgentes que habían quedado al margen del gobierno se levantaron en armas y lo derrocaron. No obstante, la idea de que la monarquía era el gobierno idóneo para México, subsistió a lo largo de cinco décadas, cobrando fuerza en cada crisis de la República. El republicanismo se dividió entre centralistas y federalistas, hubo dos constituciones federales y dos unitarias, sin que se lograra estabilidad política.

Después de la guerra civil de los conservadores, la Iglesia y el Ejército contra el gobierno liberal, se intentó establecer un Segundo Imperio con el apoyo de la Intervención Francesa. A su caída, desapareció la dicotomía monarquía-república que había subsistido desde la consumación de la independencia. Se suprimieron las supervivencias coloniales y se consolidó el Estado nacional mexicano, republicano y laico, bajo la presidencia de Benito Juárez, indio de la nación zapoteca.

Aunque el último virrey de la Nueva España, Juan O'Donojú, había reconocido la independencia, los Tratados de Córdova fueron desconocidos por la Corona española, que intentó una fallida reconquista en 1829. En 1836, cuando el papa Gregorio XVI reconoció formalmente la

independencia de México, España tuvo que hacer otro tanto. La demora en el reconocimiento incrementó la animadversión hacia los españoles. No hubo la visión política del conde de Aranda, que había sugerido a Carlos III otorgar su independencia a las colonias en América, constituyendo reinos aliados de España, con lo que se habría constituido una comunidad iberoamericana, en beneficio de ambos.

En el mismo año del reconocimiento de la independencia por parte de España, 1836, Texas se separó de México. Su anexión a Estados Unidos y el cambio de límites que ese país pretendió, modificando el Tratado Adams-Onís firmado con España en 1819, fue el antecedente de la invasión y guerra de conquista territorial que Estados Unidos infringió a México, quitándole la mitad de su territorio en 1848.

Tanto Estados Unidos como las potencias europeas, Gran Bretaña y Francia, pretendieron ocupar el lugar de la metrópoli española. Inglaterra a través del control económico, fundamentalmente de la minería, de la industria textil y a través de empréstitos ruinosos. Las potencias cobraron caro el reconocimiento de la independencia con tratados injustos.

Francia, por su parte, trató de intervenir políticamente, también a través de conquistas territoriales. Hubo un primer intento de intervención en 1838. El filibustero francés Roussett de Boulbon intentó apoderarse de Sonora. Napoleón III quiso poner un dique a Estados Unidos para que no se apoderara de todo el continente americano, estableciendo un protectorado en México. Patrocinó el Segundo Imperio mexicano con Maximiliano de Habsburgo a la cabeza. La idea napoleónica era constituir la unión de la raza latina con Francia a la cabeza. Al fracasar el intento francés, México quedó en el área de influencia de Estados Unidos.

Un alumno me preguntaba si hemos sido independientes alguna vez. Difícil pregunta, si nos referimos al aspecto político, mi respuesta es sí, lo hemos sido en algunos momentos. En el terreno económico muy pocas veces, aunque los pesimistas afirman que nunca. Aunque parece un anacronismo hablar de independencia en tiempos de globalización, donde los países no son independientes sino para decidir cómo dependen unos de otros. Los procesos históricos no son, sino van siendo. La independencia no se dio de una vez y para siempre, se lucha permanentemente para serlo.

Por su ubicación geo-estratégica, sus recursos naturales, la densidad de su población y la fuerza de sus culturas indígenas, el virreinato de la Nueva España fue la joya más preciada de la Corona española. Estas particularidades determinaron una prolongada y sangrienta guerra de Independencia. El proceso se inició, en 1808, como en todas las colonias hispanoamericanas, ante el vacío de poder en España por la invasión napoleónica. Los criollos buscaron primero la autonomía pacíficamente, pero el movimiento fue reprimido.

La guerra insurgente estalló en 1810, unió a criollos con mestizos e indígenas. La insurgencia llegó a su culminación con la elaboración de una constitución en 1814, pero después sucumbió ante el embate de las fuerzas realistas, quedando focos aislados de insurgentes. En 1820, un movimiento contrarrevolucionario intentó evitar el restablecimiento de la constitución liberal de Cádiz. Posteriormente, un plan de paz logró que se sumaran antiguos realistas e insurgentes. Finalmente, tras una encarnizada lucha de once años, la independencia se consumó por medio de una negociación que no suprimió las estructuras coloniales, por lo que el proceso de construcción del Estado nacional de México fue largo y difícil.

En *El proceso independentista de México* se abordan los factores externos e internos del proceso independentista mexicano, su desarrollo y culminación, y el inicio del proceso de construcción de su Estado nacional. Aunque la Independencia se consumó en 1821, España no la reconoció sino hasta 1836, después de haber intentado la reconquista en 1829. Los procesos históricos no son, sino van siendo. La Independencia no se dio de una vez y para siempre, se lucha permanentemente para serlo.